Disciplina y espacios públicos.

El caso de la EIME, 1915-1932

Aimer Granados García*

Este artículo es un estudio de caso que se centra en el análisis del aparato disciplinario de la Escuela de Ingenieros Mecánicos Electricistas (EIME) durante el periodo comprendido entre 1915 y 1932. Para la realización de este trabajo se consultó el archivo histórico de esta institución. El análisis se alimenta de la teoría foucaultiana del vigilar y castigar. La investigación muestra cómo las autoridades de la Escuela concibieron un reglamento de disciplina orientado a vigilar y mantener a los estudiantes en un espacio concebido para garantizar un estricto orden en la misma. Por otra parte se estudia cómo el espacio cercano a la Escuela, la calle, la vecindad y el billar permitieron al alumno romper la norma disciplinaria impuesta por las autoridades de la EIME.

Introducción

Durante el periodo comprendido entre 1876 a 1910 se introdujo en México la pedagogía moderna, se crearon y multiplicaron las escuelas normales, se ofrecieron carreras técnicas a los obreros, y con ello la educación superior alcanzó una época de oro. La Revolución mexicana encontró entonces un terreno abonado para dar continuidad a los planes educativos del país. En las políticas educativas de la revolución, el ramo de los estudios técnicos tuvo especial interés puesto que el país requería mano de obra calificada para dar sustento al desarrollo capitalista que recién llegaba a los puertos terrestres y marítimos, adentrándose lentamente al país vía el ferrocarril. De la creciente importancia que cobraba la educación técnica para la época que se estudia, da cuenta el prospecto de la Escuela de Ingenieros Mecánicos Electricistas (EIME) del año de 1922:

La elevación de la antigua Dirección de Educación Técnica a la categoría de Departamento autónomo revela, suficientemente, que la Secretaría de Educación tiene un concepto

preciso de la finalidad e importancia creciente de este linaje de conocimientos, y, en consecuencia, ha estado desarrollando un programa de decidida protección y estímulo a esta enseñanza que responde a profundas necesidades nacionales.

Pero, concordante al desarrollo de la educación en todas sus áreas y niveles, el naciente Estado de la revolución también se preocupó por formar un ciudadano que respondiera a las nociones del individuo moderno, urbano, cívico, disciplinado, moral, respetuoso del orden y de la sociedad. En estos aspectos el artículo estudia, durante el periodo que transcurrió de 1915 a 1932, cuáles fueron las políticas educativas que proyectó la EIME, con el objeto de formar ciudadanos disciplinados, morales y cívicos. Más específicamente se examina cuál fue la dinámica disciplinaria que imperó en la Escuela, ¿qué tipo de micropoder se instauró entre las autoridades de la Escuela y sus estudiantes?, ¿cómo funcionó y se orientó la educación cívica y moral en la institución? Pero, más importante todavía, se investiga cómo estos aspectos del proceso educativo de los estudiantes de la EIME repercutieron en algunos asuntos de la vida cotidiana de los jóvenes. Particularmente cuando los estudiantes se involucraron en situaciones extracurriculares que, desde la perspectiva de las autoridades de la Escuela, afectaban la disciplina y la moral impartida en la institución. Me refiero a eventos en los que los alumnos se relacionaron con el entorno de la Escuela: salones de billares y de juego, la calle como espacio público y el vecindario. En relación con estos eventos se explora una hipótesis según la cual los estudiantes, así como otros sectores sociales como las mujeres, los obreros, los artistas y en general la sociedad, poco a poco se iban familiarizando con procesos de una cultura urbana inédita en muchos de sus aspectos. Poco a poco dicha cultura se fue abriendo camino entre la tradición, la modernidad y la revolución.

Aunque la educación que se impartió en la EIME fue técnica, en un marco de búsqueda de eficiencia, progreso, disciplina y urbanidad que el país vivía por la época, esta Escuela buscó formar ciudadanos técnica y moralmente útiles al país y a la sociedad. La educación técnica no impidió o excluyó la posibilidad de que el proceso se viera complementado con la búsqueda de un ideal de ciudadano moralmente apto para enfrentar los tiempos de la industrialización y de la construcción del Estado de la revolución. Por el contrario, fueron dos procesos simultáneos que se agregaron el uno con el otro. Sin embargo, como se muestra en el desarrollo de este trabajo, a pesar de los tiempos de revolución, el tipo de educación moral que se impartió durante los años veinte, en algunos de sus aspectos, tuvo continuidad en relación con lo que habían propuesto los liberales del siglo xix.

Desde el punto de vista de los estudios históricos desarrollados en México, esta investigación se inscribe en dos temáticas muy sugerentes y poco desarrolladas en nuestro medio. Defino a la primera como el proyecto de la construcción de una moral cívica, en el sentido de formar un ciudadano moderno. Dicho proyecto no es nuevo para el periodo en estudio, pues ya está presente en los ilustrados de finales del siglo xviii. La segunda temática está asociada con el surgimiento de una práctica cultural urbana, algunas de cuyas expresiones fueron inéditas para la época en estudio, aunque hay que decir que ya durante el porfiriato se puede hablar de una cultura urbana. Esta práctica cultural urbana se analiza en relación con un actor social, el estudiantado de la eime e, igualmente, con el impacto que sobre la mentalidad del alumno tuvo la calle y algunos espacios de sociabilidad como bares y juegos de billar. Lo interesante de la investigación es que se estudia la forma en que los espacios públicos externos y cercanos a la institución desafiaban constantemente los valores construidos al interior de la Escuela. No obstante, se

advierte que un análisis más profundo de esta situación ha debido analizar los modos concretos en que el espacio público representó un "peligro" para la disciplina y la moral cívica impartida a los estudiantes de la EIME. Es decir, estudiar el espacio público moderno como un espacio en el que "se congregan, comunican y actúan los hombres"; como un ámbito de sociabilidad con todo lo que ello implica: nuevos valores, construcción de una nueva identidad social e inéditas prácticas culturales antagónicas con los valores impartidos en la institución.

Cuerpos vigilados para disciplinarlos

Antes de entrar en materia es bueno establecer algunos datos de carácter histórico sobre la EIME, así como proporcionar un acercamiento al perfil del estudiante que ingresaba a esta institución.

Aprovechando la infraestructura que había establecido la Escuela Nacional de Artes y Oficios (ENAO) fundada en 1867, a principios de 1915 el ministro de Educación pública de Venustiano Carranza, Félix F. Palavicini, en un amplio programa de formación de obreros técnicos, consideró la propuesta de crear una escuela de ingenieros mecánicos y electricistas. Una vez aprobada la idea, el nuevo establecimiento fue llamado Escuela Práctica de Ingenieros Mecánicos, Electricistas y Mecánicos Electricistas (EPIME-ME), denominación que estuvo vigente hasta 1921, cuando pasó a denominarse Escuela de Ingenieros Mecánicos Electricistas (EIME). El 8 de abril de 1932, la EIME deja de existir para convertirse en la Escuela Superior de Ingeniería Mecánica y Eléctrica (ESIME). Este estudio hace referencia principalmente al periodo en el que la institución se conoció como EIME. Al igual que la ENAO, la EPIME-ME –en su corta duración– y la EIME, funcionaron en el ex claustro de las hermanas agustinas conocido como el ex Convento de San Lorenzo, ubicado en el número 38 de la calle Allende de la ciudad de México.

La EIME recibía dos tipos de alumnos, ambos externos. El primer grupo, llamado de los "numerarios" o "regulares", podía tomar los cursos de obrero, maestro o ingeniero, con lo cual optaba al título respectivo. El otro grupo era el de los "supernumerarios", constituido por estudiantes que previa autorización de la institución, podían tomar aisladamente cursos o asistir a las prácticas de los talleres.

Tal y como lo señalaba el reglamento de la EIME de 1916, para ser alumno de esta escuela, cursos diurno o nocturno, se requería tener más de 15 años de edad, tener la aptitud física necesaria para los trabajos del taller y no padecer enfermedad contagiosa; igualmente estar recientemente vacunado, presentar certificado de haber terminado la educación primaria elemental si el candidato solicitaba ingreso a los grados de obrero y, de educación primaria superior si se deseaba ingresar al grado de maestro; acreditar buena conducta y pagar por adelantado la suma de 24 pesos anuales. Además de los anteriores requisitos, los aspirantes a los cursos de maestro debían presentar un examen de conocimientos y pagar por adelantado la suma de 36 pesos. Terminados los estudios de maestro, el alumno podía continuar con los cursos conducentes al título de ingeniero mecánico electricista. Para ser inscrito como alumno supernumerario se debía elevar una solicitud firmada por el aspirante al director de la institución, además de cumplir con los tres primeros requisitos mencionados con anterioridad. De acuerdo con el número de materias o talleres que se tomara, el estudiante supernumerario pagaba 5 pesos (dos cursos) o, 24 pesos

(tres o más materias) anuales.

Michel Foucault ha establecido que desde la época clásica el cuerpo ha sido objeto y blanco del poder. Es, de acuerdo con este autor, el cuerpo el que se manipula, al que se da forma, que se educa, que obedece, que responde, que se vuelve hábil o cuyas fuerzas se multiplican. Para Foucault, la historia de este cuerpo en constante vigilancia, al cual llama "Hombre-máquina", ha sido escrita simultáneamente sobre dos registros. El primero, de carácter anatómo-metafísico, fue iniciado por Descartes y desarrollado posteriormente por médicos y filósofos. El segundo –que es el que me interesa destacar–, "técnico político", constituido por todo un conjunto de reglamentos militares, escolares, hospitalarios, y por procedimientos empíricos y reflexivos para controlar o corregir las operaciones del cuerpo. Éste es el sentido de la noción de disciplina, controlar y corregir las operaciones del cuerpo. Pero también su significado está en ordenar los cuerpos dentro de un espacio. Controlar y ordenar los cuerpos para que permanezcan quietos, fijos en un lugar y distribuidos espacialmente. A cada individuo su lugar y a cada emplazamiento un individuo y, agregaría yo, a cada actividad su momento. Esta caracterización de la disciplina se ha mantenido más o menos constante a través de la historia.

Como toda institución de carácter educativo, la EIME tuvo su reglamento interno en el cual se contempló un capítulo correspondiente a la disciplina escolar, que, al analizarlo, más o menos cabe en los parámetros conceptuales establecidos anteriormente. El reglamento de la EIME estipuló que los encargados de hacerlo cumplir tuvieran una constante mirada vigilante sobre el cuerpo, que en muchas ocasiones se traducían en castigo, no corporal como lo veremos más adelante, pero sí destinado a controlar los movimientos del estudiante. El análisis que se presenta en los siguientes párrafos se fundamenta en el reglamento interior de la Escuela que entró en vigencia el 29 de julio de 1916.

A la cabeza del sistema de autoridad y de disciplina de la EIME estuvieron tres instancias que en orden jerárquico estaban representadas en las personas del director, el prefecto de disciplina y su grupo de prefectos, y los profesores. Estas autoridades tuvieron la potestad de vigilar, castigar y corregir. Por debajo de estas jerarquías disciplinarias hubo otras instancias de menor categoría que, tal como los ayudantes de talleres y el conserje, se limitaban a vigilar el comportamiento de los estudiantes y reportar ante su superior las anomalías en las que incurrieran los estudiantes. Las funciones que en el orden disciplinario debían cumplir estas jerarquías, aparecen plenamente delimitadas en el reglamento de la institución. En lo fundamental todo apuntaba a que se guardara un estricto orden disciplinario en toda la institución. Entre las funciones señaladas a cada una de estas instancias encargadas de salvaguardar el reglamento, destacaban las de cuidar y vigilar todo lo concerniente con los horarios; la buena marcha de la moral pública; la entrada y salida de los alumnos; la permanencia de los jóvenes en los diferentes espacios de la Escuela y no en otros, de acuerdo con la actividad que estuvieran realizando. Toda incorrección tenía su castigo que, dependiendo de la falta, podía ser aplicado por el director, el prefecto o los profesores.

La mirada o registro "técnico-político" se puso en práctica por las autoridades disciplinarias de la EIME. Este registro tuvo como objetivo controlar el cuerpo y sus movimientos. Luego entonces, la vigilancia se constituyó en uno de los elementos más importantes de la estructura disciplinaria de la institución. En la EIME la vigilancia de los estudiantes, conducente a obtener y conservar el orden disciplinario, tuvo al

menos dos etapas. La primera constituía una advertencia (disciplinaria) que aparecía en el reglamento. Esta advertencia se hacía conocer al estudiante al momento en que por primera vez ingresaba a la institución. El alumno debía firmar dicha prevención, con lo cual la institución más o menos aseguraba la guarda disciplinaria en la escuela. Esta prevención se le recordaba a los alumnos cada vez que iniciaba un nuevo ciclo escolar. En segundo lugar estaba la vigilancia, propiamente dicha.

En abril de 1921, el prefecto J. B. González comunicó a su superior que "siendo notable lo desordenados que son los alumnos del tercer año, nos propusimos observarlos con cierta particularidad". En septiembre del mismo año, el mismo González comunicó a su jefe inmediato que en aras de conservar la disciplina, "observó el sábado pasado el hecho de que [varios estudiantes] anduvieron incitando a los alumnos de la Escuela a no concurrir a sus clases". En 1933, el director de la institución, ingeniero Blasón Gómez Peña, hizo llegar al prefecto Agustín C. Hernández –con carácter urgente–, una circular en la que le solicitaba que puesto que los alumnos continuaban "relajando la disciplina", procurara adelantar medidas tendientes a solucionar el problema, siendo una de ellas la de perfeccionar el sistema de vigilancia:

La vigilancia del Taller Mecánico, Galería de Honor, salones de clase del primero, segundo y tercer pisos, así como el patio principal en que se encuentran ubicados dichos salones, quedará directamente a cargo de usted.

El C. Prefecto Sánchez, vigilará el resto del Establecimiento y con especialidad la puerta de entrada, evitando como ya se indicó antes, la estancia de alumnos, boleros, etc. en dicho lugar; además, quedará bajo su vigilancia el local en donde se encuentra establecida la Cooperativa.

Por lo que respecta a los Cursos Nocturnos, la vigilancia del Establecimiento queda a cargo del C. Prefecto respectivo y del Conserje, quien evitará el que los alumnos formen corrillos en la puerta de entrada de la Escuela.

El espacio-disciplinario o la noción de "cada individuo en su lugar y a cada emplazamiento un individuo" e, igualmente, la idea de cada actividad en su momento y espacio correspondientes, son dos elementos que hay que resaltar en la constante mirada y vigilancia que ordenaba el reglamento de la Escuela. Al revisar la hoja de vida disciplinaria de algunos de los alumnos de la institución, se puede establecer que era muy recurrente en los encargados de la disciplina, controlar y corregir el cuerpo en relación con el tipo de actividad que se debía desarrollar en un sitio determinado y no en otro. Así por ejemplo, en mayo 11 de 1919, el alumno Buchanan López Walter de 13 años, incurrió en falta disciplinaria ya que "el tiempo libre lo dedica al juego"; en mayo 19 de 1924 el mismo Buchanan López fue detenido una hora "por hablar en clase de inglés"; en diferentes fechas del mismo año, este alumno fue detenido "por desordenado" en la clase de física elemental, y también las de moral y civismo; en junio 22 de 1927, fue castigado "por introducir el desorden con pláticas ajenas a la clase". En octubre 18 de 1921 el alumno Roberto Benítez Castillo tuvo un llamado de atención "por jugar en el taller de fundición". En diferentes fechas de 1925 el alumno Francisco Campos y Campos de 16 años, fue reprendido en diferentes materias, "por desordenado"; en junio 22 del mismo año, Campos fue castigado "por haber estado

componiendo su auto", y en consecuencia haber dejado de asistir a la clase de herrería. Al menos en dos ocasiones y en diferentes fechas de 1919 el estudiante Mariano Aguilar de 15 años, fue amonestado por desorden; un año después incurrió en la misma falta siendo el escenario de su incorrección la biblioteca de la institución; durante el mismo año de 1920, el padre de Aguilar fue citado a la EIME "para comunicarle que el alumno anda paseando en lugar de concurrir a la Escuela"; en julio de 1921 tuvo ocho días de arresto, una hora diaria, "por entregarse a juegos desordenados", y en octubre del mismo año, la prefectura informó "que este alumno se ocupó durante la clase de laboratorio de química en leer revistas". En la hoja de hechos del alumno Javier Stavoli Llamas, de madre viuda, se puede leer que en agosto de 1917 fue reconvenido por no querer "descubrirse ni abstenerse de fumar durante su permanencia en la escuela". En mayo de 1917, se reportó a la dirección de la EIME que los alumnos Rafael Carrillo y Luis Garduño fueron encontrados en la puerta del zaguán de la escuela "formando algazara".

De los anteriores actos de indisciplina destaca que se advierten como tales por que atentaban contra la noción del orden en un determinado espacio. Una estricta tranquilidad dentro de un espacio fijo ha sido llamado por Foucault como el "principio de localización elemental" o de "la división en zonas". Pensado en las situaciones que se reseñan, este principio al cual alude Foucault se refiere a que los actos que se realizaran en la escuela, se debían hacer en su debido momento y en el lugar correspondiente; así, la noción del desorden estaría pensada para una fiesta; el fumar sería un acto que correspondería a un bar; la algazara quedaría para la plaza de mercado y el juego para la hora del descanso. El principio a que hacemos referencia tendría un objetivo claro y preciso:

El espacio disciplinario tiende a dividirse en tantas parcelas como cuerpos o elementos que repartir hay. Es preciso anular los efectos de las distribuciones indecisas, la desaparición incontrolada de los individuos, su circulación difusa, su coagulación inutilizable y peligrosa; táctica de antideserción, de antivagabundeo, de antiaglomeración. Se trata de establecer las presencias y las ausencias, de saber dónde y cómo encontrar a los individuos, instaurar las comunicaciones útiles, interrumpir las que no lo son, poder en cada instante vigilar la conducta de ritos. Procedimiento, pues, para conocer, para dominar y para utilizar. La disciplina organiza un espacio analítico.

Cuerpos ubicados espacialmente

Los balcones de la Escuela también hacían parte del "espacio analítico" de la EIME. Por esto, la disciplina de la institución ordenaba que se mantuvieran vigilados, prohibidos y cerrados. Ello se ve claramente expresado en un parte disciplinario que el prefecto de la institución, M. Villa y Frías, presentó al director de la EIME en mayo de 1925. En esta comunicación Villa y Frías informó a su superior lo siguiente: que los alumnos de quinto año que reciben sus clases en el salón 17, "aprovechando la ausencia del profesor,

siempre están jugando, causando desorden [...] y para estar en más libertad, cierran la puerta de madera y abren los tres balcones, los que mandé cerrar con el mozo. Esto lo he hecho en otra ocasión". Un mes después, en parecido informe disciplinario, el prefecto puso en conocimiento de su superior que, en el mismo salón 17, "encontré en el balcón abierto al alumno Ruiz Ignacio, boleta núm. 325, no obstante que varias veces he mandado cerrar el balcón con el Mozo". Otro parte disciplinario durante el mismo mes de junio, señaló lo siguiente: "Que la dirección del establecimiento, creyendo que la mayor edad y cultura intelectual de los alumnos de los últimos años de estudio, debía ser garantía de orden", les había hecho la gracia de "permanecer en los salones que al efecto se les destinaron, aun cuando no estuvieran presentes sus respectivos Profesores"; sin embargo, se afirma en el reporte, los alumnos "no han sabido corresponder a la confianza que en ellos se depositó; pues en lugar de aprovechar los salones de clase para trabajar, muy a menudo provocan desórdenes que desdican del buen nombre de la escuela, causan frecuentes deterioros, extravíos y constantemente se están exhibiendo en los balcones, lo que sin duda debe causar en el público que transita por la calle una mala impresión". En otro informe disciplinario con fecha de agosto de 1925, se dejó saber a la dirección que, en ausencia del profesor Castro, sus alumnos "se salieron al balcón y les advertí [...] que si seguían cometiendo desorden como no estaban bajo la vigilancia del Profesor los haría salir del Salón".

Los balcones de la EIME, como "espacio analítico", constituían un lugar prohibido por las autoridades de la institución. Pero deseados por los alumnos cuando estaban fuera de la vigilancia y control del profesor. Bien para hacer relajo, con lo cual en la perspectiva de la institución se desmerecía de la misma, sobre todo ante el transeúnte ocasional o, se exhibía el cuerpo ante aquél, por lo que también se lesionaban los intereses de la Escuela. (Es conveniente recordar que la EIME se localizaba en la calle de Allende, seguramente una de las calles céntricas más transitadas de la ciudad, como aún hoy lo es.) Es interesante reflexionar acerca de los balcones de la Escuela como un sitio que al igual que su zaguán se constituían en la intersección entre el "afuera" y el "adentro" del establecimiento. El carácter de "afuera" que revestía la balaustrada implicaba que constantemente estuviera vigilada y cerrada, pues a través de ella se podía contaminar la institución. La calle era considerada por las autoridades de la EIME como sinónimo de desorden, en tanto que su interior, debía imperar la noción del orden y la disciplina. También hay que tener en cuenta la lectura que realizó el prefecto según la cual, en tanto la baranda era tomado por los alumnos como sitio de relajo, esta situación provocaba en el transeúnte ocasional imaginar un espacio interior desordenado.

El exterior inmediato a la EIME, sin formar parte del espacio analítico de la institución, fue alcanzado por el sistema disciplinario de la Escuela. Las autoridades disciplinarias de la EIME, al igual que algunos funcionarios de la Secretaría de Educación Pública, entendieron que la calle era un sitio que utilizando algunas categorías foucaultianas permitía una distribución indecisa, que facilitaba la desaparición incontrolada de los individuos, al igual que su circulación difusa; además, de acuerdo con el punto de vista de estas autoridades, la calle se constituía en un espacio propicio a la deserción, al vagabundeo, a la aglomeración, al desorden, y todo ello atentaba contra la disciplina de la institución. Por esto la escuela extendió su estructura disciplinaria hasta su espacio público exterior más cercano.

Hay que tener en cuenta que el periodo en estudio son los años de 1920. Una década que en la ciudad de México, como en otras partes del mundo, registró muchas novedades en los comportamientos sociales y

cotidianos de los ciudadanos. Es un proceso que ya se dejaba sentir a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX y que cobró fuerza en los inicios del XX. La cotidianidad y comportamiento de las personas fueron progresivamente cambiando, entre otros aspectos, por las nuevas formas en el vestir; el "ocio" fue cada vez más ocupado en la recreación y la práctica del deporte; seguramente el uso de automóviles cambió la noción del tiempo y del espacio, tanto para el transeúnte como para el conductor. Para la época que estudio, la ciudad de México vivía la expansión de una cultura urbana.

Los estudiantes, como muchos otros sectores sociales de la ciudad de México, estuvieron involucrados en esa nueva cultura urbana y, a la luz de las novedades que ésta ofrecía, redescubrieron espacios y prácticas que repercutieron directamente sobre su manera de pensar, vivir y comportarse en la escuela, y muy seguramente en otros ámbitos como el laboral y el familiar. En muchos casos estas nuevas prácticas culturales entraron en conflicto con la moral tradicional o, en el caso que estudio, con la noción de disciplina que imperaba en la EIME. Para apoyar el planteamiento según el cual la disciplina de la Escuela se extendió hasta sus calles próximas, los documentos revisados ofrecen una serie de ejemplos en que algunos estudiantes de la EIME se vieron comprometidos en acciones calificadas por las autoridades de la Institución como "indisciplinadas". En efecto, constantemente el prefecto de disciplina enviaba notas a la dirección en las que daba cuenta de cómo el espacio inmediato a la institución era vigilado, para evitar el "relajo". En abril de 1925, el prefecto reportó que "hoy por la mañana estaban unos Alumnos estacionados en la puerta de la Escuela estorbando la entrada y la banqueta de la calle. [...] Les hice ver que estaba prohibido estacionarse ahí [...]" En circular de marzo de 1930 emitida por el departamento de enseñanza técnica de la Secretaría de Educación Pública, dirigida al director de la EIME, se recomendaba que se debía organizar el trabajo de los estudiantes de la escuela, de tal manera que "obligue a los alumnos permanecer en ella durante las horas lectivas, a fin de evitar el que constantemente salgan los alumnos a la calle, pues esto redundaría en perjuicio del buen orden". En marzo de 1931 el prefecto Agustín Hernández mandó una nota disciplinaria a la dirección de la escuela, en la que dejó constar que los alumnos Ernesto Plasencia, Fulbio Guerrero, V. Roberto y Agustín Martínez Castro, pertenecientes a la escuela: "Escandalizaban en la esquina de las calles de Allende y Belisario Domínguez, lanzando cohetes al aire, molestando a los transeúntes e impidiendo que los demás alumnos llegaran a la escuela." La calle, espacio público y abierto, permitía que los estudiantes escaparan a la mirada vigilante de la institución. Pero no era solamente esto, sino que la calle era parte de una nueva cultura urbana percibida por las autoridades de la Institución como un elemento negativo en la formación de los estudiantes y para la conservación del orden en la Escuela. La calle era un espacio que invitaba a divertirse, a irse de "pinta", a "echar novio"; era un espacio redescubierto en el que los estudiantes encontraban la libertad de moverse y expresar sus actitudes y sentimientos ante los nuevos tiempos.

Pero no solamente se cuidaba, vigilaba y emitían normas disciplinarias sobre el espacio urbano cercano a la escuela, sino que también la norma disciplinaria alcanzó a sitios considerados por las autoridades escolares como de "perdición". Ya desde 1916 Alberto J. Pani se quejaba de la mala influencia que sobre los estudiantes venía ejerciendo "la horrible inmoralidad ambiente" que estaba llevando a la "disolución social". Para el caso específico de la EIME, he encontrado en su archivo que se menciona un salón de juego de billar, ubicado en las cercanías de la escuela. Este sitio apareció en los partes disciplinarios como un establecimiento que atentaba contra el orden celosamente conservado y resguardado en la Institución. En estos casos, en los que se impugnaban determinados sitios calificados por las autoridades

de la Escuela como "sitios de perdición", la disciplina de la escuela se cruzó con otras vigilancias y miradas sobre el cuerpo como las del código de policía o, la que ejercía la moral pública, léase, la de la vecindad del sitio.

Entre los años de 1925 a 1927, las directivas de la Escuela, la Secretaría de Educación Pública y el Ayuntamiento de la ciudad, ventilaron un asunto que permite percibir la dinámica de lo que las autoridades de la Escuela establecieron en relación con la vigilancia de los establecimientos públicos de "perdición" cercanos a ella. En mayo de 1925, el prefecto de disciplina informó al director de la escuela que el alumno Bustamante (no se proporciona el nombre), "siempre anda en dificultades con sus compañeros por asuntos de dinero". En opinión del prefecto los inconvenientes de Bustamante tenían su antecedente en el hecho de que este alumno adquiría sus deudas en el juego del billar que estaba cerca a la EIME "y aquí en la Escuela se las andan cobrando". En febrero de 1926, el director de la escuela, ingeniero Simón Sierra, dirigió al jefe del departamento de enseñanza técnica de la Secretaría de Educación Pública un oficio en el que le solicitó que se hicieran las diligencias del caso con el fin de dar solución a una situación que venía perjudicando a los estudiantes de la EIME. El ingeniero Sierra señaló en su oficio lo siguiente: Que en la casa número 62 de la quinta calle de Allende, se encontraba ubicado un Salón de Billares denominado "Salón Cosmopolita", al cual "[según] personas de digno crédito, siempre que los alumnos de esta Escuela salen de sus clases o por cualquiera circunstancia no concurren a ellas, van a refugiarse a dicha casa de juego sin que de este hecho tengan conocimiento sus padres o tutores". Además, el funcionario recordaba que los reglamentos gubernativos a que estaban sujetos los salones de billares, cantinas y otros establecimientos parecidos, "prohíben terminantemente el acceso a ellos de los jóvenes menores de edad", siendo ésa la condición de la mayoría de los estudiantes de la Institución, precisaba el funcionario. Sierra terminó su comunicado solicitando que se tomaran las medidas respectivas, "a fin de que el mencionado Salón de Billares sea vigilado con esmero para evitar que su dueño permita la entrada a los alumnos de esta Escuela". Un mes más tarde, el director de la escuela recibió un comunicado del secretario general del ayuntamiento en el que le decía que en respuesta a su solicitud, "me permito manifestarle [que] por acuerdo del C. Presidente Municipal, ya se han girado las órdenes del caso, a efecto de que desde luego, sean vigilados los billares de que se trata". Pero el asunto no terminó con la orden expedida por el ayuntamiento, ya que en abril de 1927, por intermedio del jefe del departamento de enseñanza técnica de la sep, Sierra envió un nuevo oficio al ayuntamiento insistiendo en el asunto. En este nuevo documento Sierra argüía de que por estar en el billar, los estudiantes perdían el tiempo y se pervertían; pocos días después, sobre su escritorio, Sierra encontró nueva respuesta a su solicitud: "Ya se giraron las órdenes respectivas para que no se permita la entrada a dichos Billares a los menores mencionados".

La interacción de algunos estudiantes de la EIME con el vecindario también permite establecer cómo el reglamento disciplinario de la Institución extendió sus tentáculos hacia otros espacios "exteriores" a la Escuela. En 1933 la dirección de la EIME, a través del departamento de enseñanza técnica de la sep, conoció de la queja que presentó a esta dependencia la viuda María de Gayosso que vivía en la calle de Belisario Domínguez. La queja involucraba a varios de los estudiantes de la EIME. En ella se exponía cómo algunas acciones emprendidas por los estudiantes estaban afectando la vida cotidiana de los transeúntes y vecinos del lugar. De acuerdo con el relato de la referida viuda, el día 24 de noviembre del año citado, varios estudiantes "se apostaron en la calle Belisario Domínguez, evitándoles el paso a toda

persona que pasaba por dicha calle". También se quejaba la señora que los referidos estudiantes "con cuanto les fue posible aventaban a las paredes de las casas, las que se encuentran llenas de zapote". Las quejas de la fulana pasaron a mayores. La señora María refirió que "a las diez horas del mismo día [24], [los estudiantes] se introdujeron a las fincas como por asalto y de los tinacos de las mismas casas sacaban agua para arrojarla por las azoteas, a la calle, descomponiendo con este detalle la antena del radio que tengo en la azotea, radio que como es de suponerse lo adquirí dentro de mis pobreza". Después de haber expuesto la queja, la viuda de Gayosso solicitaba "[que] se nos impartan las garantías a que tenemos derecho por estos estudiantes muy malcriados en todo sentido, ya que, ¿qué podemos esperar cuando ni permiso piden para meterse en los lugares allanando la morada que está bien penada por el Código Penal?" La señora María cerraba su queja añorando cómo, antiguamente, los estudiantes "se divertían con gallos, serenatas, estudiantinas, etc., lo que hacía comprender claramente la ilustración de los mismos, pero ahora con sus travesuras y malcriadeces demuestran todo lo contrario". Lo que re(de)lata la viuda de Gayosso es un acto común y propio de estudiantes en plena adolescencia. No obstante, el hecho se vuelve singular en la medida en que las "malcriadeces" de los alumnos fueron homologadas con actos de indisciplina que afectaban el espacio urbano, con lo cual, como lo hacía notar la señora María, se perjudicaban los intereses de los implicados. Todavía más grave aun, comprometía el buen nombre de la Institución frente a su vecindario más próximo.

Estos eventos, en los que los estudiantes de la EIME interactuaron con su espacio más cercano, permiten pensar en el planteamiento foucaultiano según el cual la calle permitía las distribuciones indecisas y la desaparición incontrolada de los individuos. En este orden de ideas, la vía pública y los negocios perniciosos instalados en ella constituían para las autoridades de la EIME un espacio que por ser abierto permitía la indisciplina. En otras palabras, la calle formaba un lugar que había que procurar someter como "espacio analítico", con el fin de mantener el buen orden de los estudiantes. Pero también en la queja de la señora María, viuda de Gayosso, se puede ver cómo las diversiones de los jóvenes habían cambiado, según lo expresaba la misma señora. Ya no eran los juegos de antes como los gallos y las serenatas que tienen claramente una remembranza de una sociedad tradicional, sino que sus diversiones eran otras. Lo que quizá la señora María no percibía era que los tiempos y las costumbres habían cambiado. Era la calle de la ciudad que crecía, eran los años veinte con sus nuevas pautas de comportamiento, eran los estudiantes con sus inéditas percepciones del tiempo libre.

Pero ¿qué es lo que en el análisis que vengo planteando hace singular y particular a espacios que como la calle, la vecindad, y lugares de juego como los billares hayan sido señalados como sitios que atentaban contra la buena disciplina imperante en la escuela? ¿Acaso desde el *Manual de Carreño*, desde mucho antes y hasta el presente la sociedad nos impone el uso de las buenas maneras y el buen comportamiento en espacios abiertos y cerrados, constituyéndose unas y otro en uno de los soportes de la convivencia civilizada? Históricamente y en la actualidad, la legislación prohíbe a los menores de edad que concurren a billares, salones de juego y bares. A muchos de nosotros se nos prohibió salir a la calle y guardar, en cambio, la compostura en espacios públicos y privados ¿Qué es, entonces, lo que hace que la documentación que analizo sea particular y singular de lo que podríamos enunciar como el normal funcionamiento de una sociedad y en particular de un sistema disciplinario escolar?

Hay que tener en cuenta que si bien es cierto que un buen número de la población estudiantil de la EIME

era menor de edad, otro tanto era adulta, particularmente los alumnos que tomaban los cursos para titularse como maestros en diferentes áreas calificadas por la época como técnicas, o los que asistían a la carrera de ingeniero. Este detalle permite inferir que las autoridades de la institución, de la sep y del ayuntamiento, dirigían un discurso disciplinario a una población estudiantil que, como los menores de edad, se arriesgaban a involucrarse en acciones de indisciplina al exterior de la escuela. Pero también a estudiantes mayores que implicados en este mismo tipo de situaciones eran igualmente reprimidos, reprendidos y sometidos a un discurso y reglamento normativos. Quizá lo particular no radique en la situación que comprometía a la población estudiantil considerada en el rango de menores de edad, en cuyo caso era y es normal establecer para ellos unas reglas de socialización, convivencia y buenas maneras. Lo singular está en el discurso disciplinario y normativo dirigido a los estudiantes adultos. Lo encuentro notable no tanto por el discurso disciplinario en sí, puesto que el mismo se puede encontrar en diferentes momentos de la historia de la humanidad en escuelas, hospitales, casas de pobres, cárceles y cuarteles militares, cumpliendo más o menos semejante cometido: normar y socializar dentro de unos valores de convivencia. Lo distintivo está en relación con el crecimiento de la ciudad y más específicamente con una cultura urbana más o menos inédita hasta ese momento. Esta nueva cultura urbana le ofrecía al estudiante la posibilidad de zafarse de la norma, explorar y sentir nuevas experiencias y ámbitos. En su libro *Escenas de pudor y liviandad*, Monsiváis sugiere que en el ámbito de lo sexual hubo en la ciudad de México durante los años veinte un acercamiento a la sexualidad, regida hasta entonces "por los códigos intransitables de la honra y la decencia", a través de la retórica y del trastocamiento metafórico. Este tipo de cambios, por cierto poco perceptibles y nada bruscos en la forma de pensar de las personas, de percibir los tiempos modernos, de establecer nuevas actitudes frente a la sexualidad, al uso del tiempo libre y disfrute de los nuevos espacios y ámbitos que trajo la modernidad, estaban al orden del día en los años veinte. Desde diferentes clases y estamentos sociales, así como desde distintas formas y discursos, las personas buscaban romper con una moral, usos, costumbres y buenas maneras decimonónicas. Algunas de estas formas y discursos, como bien lo analiza Monsiváis para el caso de los sectores populares de la ciudad de México, se pueden ver y analizar a través de las tarjetas postales, en el teatro frívolo, en el cine y en la asistencia a los salones de baile. Otras maneras las introdujeron los estudiantes de la EIME cuando intentaban librarse de unas normas disciplinarias que les impedirían dar rienda suelta a sus nuevas percepciones sobre los espacios y ámbitos redescubiertos que la ciudad les ofrecía. En este sentido, también se puede indagar por las formas y discursos de otros estamentos de la sociedad como las mujeres, los obreros, los artistas, los inmigrantes del campo a la ciudad, etcétera.

Es bueno aclarar que estos discursos y formas de romper con lo tradicional eran sutiles y no del todo consecuencia directa de la revolución. Si bien en el contexto latinoamericano la revolución permitió a México avanzar más rápidamente en procesos de modernidad, no es del todo conveniente elevar a la revolución como la panacea de la modernidad. Los cambios aparecidos en el ámbito de la cultura urbana popular, así como las nuevas formas de pensar, sentir y actuar surgidos en los años veinte son un fenómeno que compete a muchos países; no fueron exclusivos de México y tampoco se les puede considerar como consecuencia directa de la revolución. En este punto hay que considerar el análisis que adopta François Xavier Guerra, según el cual el problema fundamental de todo el siglo xix en México y a la vez, el gran problema del siglo xx: "[es] la articulación entre la sociedad tradicional y el fundamento ideológico de los regímenes políticos modernos, el de las relaciones entre poderes sociales de hecho [...]"

y el poder de derecho fundado en un pueblo de individuos autónomos que se expresan a través del sufragio." La articulación a la que alude Guerra también se debe pensar en términos culturales y no solamente para las estructuras políticas. Si en lo político se combinaban formas de sociabilidad tradicional con maneras de sociabilidad moderna, en el amplio mundo de la cultura, especialmente aquella cultura urbana y popular que redescubría por los años veinte espacios y buscaba nuevas formas de pensar y sentir, sucedía algo igual. La revolución no implicó cambios o rupturas bruscas en la forma de pensar de la gente. Más que en lo político y lo económico, las nuevas prácticas culturales que adopta una sociedad en un determinado momento de su desarrollo son lentas y, mientras se tiene plena conciencia de ellos, combinan lo tradicional con lo moderno.

Conclusiones

La disciplina que se impuso en la EIME cubrió las actividades que los alumnos desarrollaban en la Institución, pero también se extendió al exterior, a aquellos sitios cercanos a la Escuela en donde los alumnos interactuaban con la calle como espacio público, con los vecinos y con sitios catalogados por las autoridades como de "perdición". Lo interesante que hay que resaltar del sistema disciplinario de la EIME es que desplegó sus normas hacia una cultura urbana más o menos inédita hasta ese momento. Buena parte de lo que el espacio público cercano a la EIME ofrecía a los alumnos fue asumido por las autoridades de la Escuela como una agresión a las buenas maneras y costumbres. Los eventos analizados en relación con las actividades que los estudiantes realizaban por fuera de la Escuela, muestran cómo los alumnos intentaban romper con una serie de normas tradicionales con el fin de apropiarse de una serie de experiencias más o menos nuevas que ofrecía la calle. El marco general de estos eventos fue una cultura urbana que poco a poco fue vivida desde diferentes discursos y actores sociales.